

Jorge Herrera Silva

Bar Floreal

ESQUEMA DE UNA SINFONIA

1



HARECIA que hubiera caído de lo alto. De aquel firmamento que a veces descendía hasta rozar su actitud de prisionero entre extrañas costumbres. Estaba allí, al borde del Tiempo, tirado como por descuido en aquel barrio de criminales y de obscuras prostitutas. Pero bien claro se advertía la fugacidad de su ritmo, la transitoriedad de sus gestos. Su presencia irrumpía en el paisaje como ciertas algas de maravilla que florecen vagamente durante el sueño. Suavemente meciéndose, como para zafarse al fin. Nada costaba saber que sólo se mantenía firme, apretado entre las casas, por un milagro cualquiera, como, por ejemplo, la infinita tristeza que, con el transcurso de cada noche, podía irse depositando en su interior.

Caído de lo alto, como una estrella o una palabra de esperanza: «bar floreal».

Ahora bien, junto con ahuyentar la tarde sus últimas

luces, «bar floreal» saeteaba la obscuridad con el solo brillo de su nombre. Surgía de entre las sombras sin contaminarse, exhibiendo su faz blanca de soledad y asombro, mientras la calle—sinuosa y alimentando gruesos charcos—se recogía en torno a su zona de luz, se apretaba contra los edificios como avergonzada de su saludo claro.

...Pero la noche giraba en frente a «bar floreal» como un insecto. Luego, en sigilo, con el paso blando de un ladrón, se escurría por la puerta de hojas batientes. Teñía la atmósfera con su presencia invisible, se adueñaba de su clima interior como el humo de cien cigarrillos o la noticia de una gran desgracia. Chocaba, casi sin chocar, entre las mesas, y se tendía, por fin, en un rincón, como una sombra olvidada.

Cualquiera que llegara, por primera vez, podía preguntar: —¿Quién entró? Con seguridad, los otros, sin siquiera mirarlo, le responderían: —Nadie.

Era inútil decirlo. ¿A quién le importaba? Si no lo sabían de inmediato, serían incapaces de comprender... Porque para eso, era preciso llevar el frío de la angustia arañando la piel, o bien, el corazón adormecido en su latitud de silencio. Sí, pero de ese silencio un poco desesperado de los relojes detenidos hace ya muchos años...

Los hombres sentían el contacto húmedo de la noche, su delgado paso de fantasma familiar, y la albergaban guardándola bajo los párpados. Ella era la vieja amiga de todas las encrucijadas. Traía inapreciables tesoros

en su valija: la historia negra de algún crimen o la furia del viento estrellándose en los cerros de la costa.

Venía de muy lejos. De tan lejos, que su cansancio era apenas semejante al del que camina largamente y se dobla fatigado. No, su cansancio era el hastío de caminar empujando los límites de todo, y sentir siempre su propia presencia gravitando sobre las cosas. Por eso, ella venía hacia los hombres y se les entraba en el corazón, como ansiosa de su mineral brillante de emoción. Y ellos se llenaban de noche, y eran enormes como ella, y, como ella, profundos y densos de tristeza. Y se avivaban sus pasiones y se hacían más roncós sus sollozos. . .

«Bar floreal», que era como una estrella o una palabra de esperanza caídas de lo alto, apoyado en su trampolín de alegría serena o de sueño blanco, advertía cómo la vida de los hombres y sus mareas potentes, subían por entre sus cuatro paredes de frágil material.

2

«Bar floreal» iba dando tumbos a través de vagas zonas de luz difusa. La voz del hombre se alzaba como un canto único y atormentado. Librementemente, sin ascendencia, como un silbido que permanece sin caer, bajo la gran carpa de la noche.

Las palabras tenían agrios contornos al comienzo. Pero se iban debilitando luego, envueltas en un ropaje de resignación, de abandono, a medida que aumentaba la conciencia de su inutilidad. . .

Sin embargo, todo bailaba a un compás, siguiendo su trayectoria desesperada: las mesas, la noche en su rincón, las copas, y más de un rostro de mujer perdiéndose en la niebla...

3

Habló primero el más joven. Sus compañeros lo llamaban «El Hombre de los Lirios», porque a quien quisiera oírle, decía que tenía el alma tan blanca como un lirio visitado por el alba.

(Pero ellos sólo relataban su historia como simples autómatas. Ahí estaba la noche, bien escondida tras la piel del corazón, que hablaba por ellos, dándole al relato toda su belleza dramática. Ellos habían sido sólo autores inconscientes de sus propios dramas. La noche, en cambio, por sobre sus cabezas había ido tejiendo su leve malla de fatalidad. Y ahora los hacía decir lo que en el torbellino de sus vidas nunca advirtieron).

4

Inmóvil, acodado sobre la mesa, empezó a hablar:

«Iba a mi lado, y yo sentía la música amable de sus pasos, prendida al ritmo de mi corazón. Ella cruzaba el arco de los días apoyada en mi hombro y sostenida por mi pasión constante. Yo le era indispensable, según decía, para tener en qué afirmar su destino. Y ella lo era para mí, por la necesidad violenta de amar sus grandes ojos teñidos de desamparo.

«Una noche cualquiera, llegó hasta mi soledad. De algún modo, ella traía entre sus brazos un ramo de lirios mucho más blancos que su color. Y había cogido su perfume que estaba en toda su carne de prostituta perdida entre los vientos nocturnos. . .

Hizo como si fuera a reír, pero no lo consiguió.

«. . . Desde aquella noche, ella nació a la vida de una nueva pasión, y se llamó Liria. Nuestra habitación era tan pequeña que, apenas, cabían sus palabras más tiernas. Ahí donde nuestra pobreza tenía su justo contorno. ¡Cuánto amaba, Liria, tu cuerpo tan mío como mis tristezas o mis odios más profundos!

—Mis besos caen como frutas cuando madura tu deseo, me decía a veces con calor.

«Pero ella no olvidaba que la noche la había traído hasta mis brazos perfumada por el aroma de unos lirios blancos. Así, todos los días había sobre la mesa del cuarto, un manojo de lirios haciendo brillar mis sensaciones. Insensiblemente, las flores y ella iban acercándose, juntándose ante mi vista. Pero no era bastante. Fué preciso que ella creara, poco a poco, un lenguaje especial que irritaba mis nervios. Decía, a veces, por ejemplo:

—Siento que mi cuerpo es como una flor blanca, y mi alma, solo un aroma de blancura. . .

Yo la miraba con extrañeza, como a ciertos pájaros que se pierden definitivamente en la noche.

Liria insistía entonces:

—Y tú, ¿no adviertes cómo tus ojos ya no ven sino lo blanco que hay en mí... y también dentro de ti?

Comprendí que su pobre imaginación la hacía desvariar. Las flores malditas estaban ya en su mirada, en sus besos, exhalando su misticismo... Y ahora comprendo, también, que ella veía en eso una posibilidad de salvación o fuga...

Pero no. No era ella, tan vecina a mi soledad, tan próxima a mis besos... Hablaba un idioma tan desconocido para mí...

Y yo, amigos, que era el habitante de la noche, el amigo de las tinieblas profundas, tuve la certeza, entonces, de ser negro. Sí, nunca había reparado en ello. Pero ahora me conmovía su realidad como algo largamente buscado y hallado de pronto. Sí, mis manos eran negras, mis ojos, mi voz... Todo mi cuerpo era negro, y por eso no había en mi vida, más amigos que la noche y sus torrentes sombríos...

Oh, con cuánta furia desatada veía que Liria y su cuerpo brillante se escapaban de mis manos. La sentía palpitar, con su calor conocido, muy junto a mí. Pero mis labios, oh, eran demasiado negros, y un temblor supersticioso los hacía caer vencidos...

Una noche desperté sin motivo. Entre sueños, noté su mano dormida sobre mi pecho. La luna se entraba por la ventana suavemente. En el centro de la habitación estaban los lirios de siempre. Era una realidad súbita, manifiestamente hostil, que me hacía llegar su lento roce crujiente, como el de un metal que se des-

menuza por dentro. Sentí que la mano sobre mi pecho se agrandaba hasta el infinito y me oprimía con fuerza. Me faltaba la respiración. La luna, los lirios, ella... Salté del lecho y cogiendo el ramillete lo arrojé furiosamente al suelo. Ella despertó sobresaltada, y me vió pisoteando con rabia el manojo blanco. Tenía los ojos inmensamente abiertos. No dijo nada. Le arrojé algunas flores a la cara, gritándole con desesperación:

—Liria, lirios, lirios... Son tus lirios... Y son negros, muy negros... Míralos, más cerca... Míralos...

Yo apretaba algo blando que ya ni siquiera se movía. Cayó, por fin, pesadamente sobre el entarimado de la pieza. Su cuerpo desnudo, iluminado por la luna, estaba allí tendido, y era mucho más blanco que sus lirios».

5

La atmósfera dentro de «bar floreal» se hacía cada vez más tensa. Parecía que una tempestad se hubiese desencadenado entre sus cuatro paredes. O que algo violento fuera a cortarse de pronto.

Un rostro, entre las sombras, dijo con calma:

—Esto va a estallar...

6

Una raya de amargura surcaba los labios del poeta, cuando empezó a decir sus palabras de música:

—Allí donde el sueño levanta sus alamedas y crecen

como llamas pálidas las cifras de la leyenda o del mito, allí, amigos, floreció ante mis ojos una ciudadela de casas leves, construídas de madera blanca o de azúcar. Había olvidado a los hombres y sentía renacer en su pureza antigua la alegría de mis cantos. Yo cantaba la locura alucinada de las mariposas en los jardines de color y las aventuras de ciertas niñfas amigas que pintaban estrellas en la pizarra azul del cielo. Siempre me decían, por esto, que mi lengua era de seda y que miel rubia inundaba mi corazón. Con este bagaje de claridad entraba una noche a la ciudadela de casas leves.

Y allí no había sino niños. Corrían en todas direcciones, casi sin rozar el suelo, y sus movimientos eran como de espigas al atardecer. Llevaban vestidos absurdos, de terciopelo blanco o de lluvia en verano. No advertían mi presencia y yo sólo distinguía sus cuerpos, como una suerte de peces luminosos, siguiendo el ritmo ligero de sus danzas.

De pronto, un rostro se encendió como una lámpara. Una niñita delgada, pequeña, de aspecto enfermizo, estaba frente a mí. Su semblante era iluminado por un soplo de alegría que se descolgaba de sus grandes ojos hasta anclarse en su sonrisa. Todo su cuerpo pueril era como una pregunta o un asombro. Y abrazaba junto a sí, un cántaro de greda que la hacía aún más pequeña.

—Soy poeta, le dije simplemente.

—¿Sabrás, entonces, por qué hay algunas flores que siendo tan bellas no tienen perfume?, dijo con voz que nacía más allá de sus labios.

Noté cómo la actitud de sus ojos azules esperaba mi respuesta.

—Esas flores, mi niña, toman su perfume del corazón de quien sabe llegar hasta ellas con la mirada tan pura como el color de sus pétalos.

Su conformidad expresó:

—Los niños y los poetas han juntado siempre sus caminos. Podemos hablar si gustas...

Al mismo tiempo se desprendía de su cántaro.

—Dime, niña, ¿qué guardas ahí dentro?

Sentí el roce de sus manos sobre las mías.

—Mírame los ojos, y avanza por sus senderos. Dime qué ves...

Delirando, como borracho, empecé a decir:

—Veo la luz, mucha luz. Es una fiesta de luz sobre los campos verdes...

—Sigue, sigue...

—Veo, también, pequeños insectos brillantes volando y zumbando entre los cañaverales...

—...Ahora la luz se esfuma en espirales infinitos. Y veo los sueños blancos de los niños, la palabra alegría escrita con letras de polen dorado, veo mariposas de alas llameantes y también la farsa jubilosa de los cuentos de hadas...

Las manecitas frágiles me oprimían con fuerza creciente.

—Sigue, sigue...

—Ahora veo a los hombres en tus ojos, mi niña. Veo sus ciudades y siento la palpitación de sus vidas. Van

presurosos por las calles. Al cruzarse, cambian un saludo alegre. En sus fábricas se oye el concierto de sus máquinas y sus cantos. Un sol enorme se duerme entre sábanas verdes. Veo serpentinas de esperanza alcanzar el porvenir. Y a sus mujeres, anticipando la primavera en cada beso sin malicia. Y también sus hogares, donde la felicidad tiene su sitio, ahí donde el pan es como una fruta generosa y el vino pone su acuarela roja en los cristales... Y en las noches, mi niña, veo el amor detener el Tiempo...

—Y bien, poeta, dime ahora qué has visto.

Desde muy adentro, respondí, todavía deslumbrado.

—He visto, mi niña, la historia de tu sonrisa.

¿Comprendes, entonces, que la guarde como mi más valioso tesoro dentro de este cántaro? Ni el aire, poeta, ni las nubes, ni la flor más rara de las montañas, ni el pájaro más escondido, ni el insecto más brillante, ni la estrella más alta, nada, es más hermoso que esta sonrisa mía que resume la alegre belleza de la vida.

—... Ni el verso más luminoso, dije como coreando una oración estremecida.

—Ni el verso más luminoso. Ay, poeta, pero sé de lo efímero, de lo que se apaga como una lámpara o se quiebra como un anillo... Por eso, quiero conservar mi sonrisa dentro de este cofre de barro, para tenerla siempre conmigo y bañar en ella mi rostro...

—¿Y no temes, niña ilusa, que el viento destrozé tu cántaro de alegría?

—El viento es amigo de los niños. Hace remolinos

sobre sus cabellos y juega a pintar de rojo sus naricillas disparatadas... No, poeta. Nuestro único y grande enemigo es el hombre. El hombre que lleva el dolor en su carne, como una mala enfermedad y que lo alberga en su corazón. Ese hombre que camina hacia su definitiva catástrofe de amargura, como el único destino posible de sus pasos. No, poeta. Solo una mano doliente puede romper mi cántaro de alegría...

Y añadió, mirándome a los ojos con confianza.

—Pero tú sabes de la alegría santa de la belleza. Tú eres de los nuestros. ¿Quieres asomarte hacia el interior de mi cántaro?

—Yo os aseguro amigos, que mis manos fueron firmes y seguras a recibir la ofrenda.

Pero el llanto desesperado, largo y amargo de la niña que aprendía ya a llorar como una mujer, acribilló mis oídos antes que mis ojos vieran esparcidos por el suelo, como flores muertas, los despojos de su cántaro de alegría».

7

El gramófono de «bar floreal» era un aparato que había caído en desuso. A nadie le interesaba y permanecía olvidado, como una gran araña entre sus telas de polvo y tiempo.

Pero esa noche, una voz que era como un conjunto de voces, se desprendía ásperamente de su obscura boca parlante, sin que pudiera saberse de donde nacía su ritmo atormentado.

—... Somos los pescadores de la profunda tristeza que obscurece las tardes del mundo. A bordo de frágiles sentimientos, vamos internándonos en un mar que gobierna nuestra locura. Con los brazos extendidos, clamamos por un horizonte—una idea o una forma—que se aleja más y más, como ciertas imágenes de delirio o sueño. La playa golpea nuestras espaldas como una advertencia. Tiramos entonces nuestras redes. Pero es inútil: pesan demasiado. Y ahí está la extensa cosecha del dolor infinito como su único resultado maravilloso. El dolor empuja al hombre y alimenta su territorio desamparado...

El aparato seguía crujiendo, pero la voz se había ido.

«Bar floreal» se estremeció con fuerza.

La noche en su rincón encendía sus llamaradas de júbilo.

8

Se hablaba de «resistencia de materiales», de «cimientos poderosos», pero nadie comprendía nada. Era sencillamente inexplicable: «bar floreal», había desaparecido y el amanecer había recogido sólo la evidencia de su huída, ahí donde antes levantaba sus cuatro muros blancos.

Nadie pensaba siquiera en interrogar al poeta. Y como no se reparaba en él, permanecía inmóvil, con la vista clavada en el infinito azul...

Santiago, junio del 34.